

ITZAMARAY

Mary Kate D.



ROMANTIC BOOKS



En Suacité, una aldea de la municipalidad de San Juan de Sacatepéquez en Guatemala, la vida de sus aldeanos se desarrolla en una empinada cuesta, ya asfaltada, donde se mueven arriba y abajo, saludándose y charlando a cada rato sobre sus penurias del día a día, porque para algunos de ellos el simple hecho de existir es puro milagro.

Ahí es donde Itzamaray nació. Es una niña de siete años, descendiente de los kaqchikeles. Bien linda, de cabellos oscuros largos hasta la cintura, de tez tostada, bajita, delgada, con ojos almendrados negros de mirada profunda, de largas pestañas y cejas espesas, con una sonrisa permanente en sus labios granates, con sus dientes aún de leche a punto alguno de caerse.

Se viste con el huipil, le encanta. Es la prenda tradicional de su cultura maya, de colores muy vivos, hecho de algodón o hilos de seda, teñidos con tintes naturales, con dibujos geométricos, florales, de animales y símbolos de sus ancestros. De sus blusas desgastadas por el uso y el tiempo, su madre, Ketzaly, se las ajusta a su pequeño cuerpo.

Vive junto a su bella madre y su abuela, Loolhá, ya ciega, en un chamizo hecho de madera y láminas con el suelo de tierra. Cuando llueve se enloda y se enferman por los problemas respiratorios.

ITZAMARAY



Por desgracia, Aj Koo, el padre de Itzamaray, murió hace quince días a consecuencia de una neumonía. Nada se pudo hacer por él, ni siquiera pidiendo ayuda a los chapines. Su gravedad ya era mortal.

Aj Koo era el alma fuerte de su pequeño clan. Él había construido con sus propias manos su refugio y los enseres del hogar, gracias a las ramas y raíces del ahuehuete, un árbol de gran tamaño que crece cerca del agua. Él cultivaba la escasa tierra. Recogía frutas tropicales para poder preparar jugos y venderlos por la aldea. Hacía cualquier trabajo manual que le requirieran. Andaba kilómetros y kilómetros en busca de quiché (utensilios), chij (hilo, lana de oveja), el fruto del copalxocotl para hacer jabón, adquirir varios tux (gallinas, pollos), y así su pequeña familia tuviera lo imprescindible para su subsistencia.

Ahora, la pequeña Itzamaray formará parte de las niñas trabajadoras, cayendo en el analfabetismo como antes le ocurrió a su madre y a su abuela. Ya no podrá más volver a la escuela, caminando grandes distancias, donde le daban un tímido desayuno, jugaba y correteaba por el patio con otros alumnos, más o menos pobres como ella, acostumbrados a vivir sin ningún tipo de lujo y en hogares bien duros, con familias desestructuradas, algunas cayendo en maras, otras en drogas, en malos tratos, extrema pobreza...



Itzamaray se levanta muy temprano junto a su madre Ketzaly. Hay que ayudar a la abuela Loolhá a levantarla, asearla, vestirla y darle a la fuerza su tortilla de maíz, cocinada al fuego en un comal y envuelta en un paño para que no se enfríe. La pobre anciana sufre en silencio, ya no habla ni siquiera entre ellas su lengua nativa, el kaqchikel; es tanta su pena y dolor que se va consumiendo por momentos, pareciendo un esqueleto. La vuelven a acostar porque ni fuerzas tiene para andar.

Madre e hija se ponen mano a mano a preparar tamales rellenos de carne de pollo, huevos y chiles, envueltos en hojas de plátano para su cocción. Es de lo único de lo que disponen.

Tapan lo mejor que pueden las cestas. Al salir y emprender la caminata hasta Suacité, las azota una lluvia intensa. No les queda más remedio que seguir luchando contra las adversidades.

Acarrean bastante peso en la cabeza y en los brazos porque, además de los tamales, llevan frutas, verduras e, incluso, hierbas medicinales.

Cuando empiezan a subir la cuesta, se van cruzando con los aldeanos. Las miran con mucha tristeza, saben de su situación tan extrema y el dolor de perder a Aj Koo, dejando a las tres mujeres con pocas posibilidades de mejorar su calidad de vida.

La mayoría de los chapines les compran algunas mercancías. No todos son así de sensibles. Hay otros que las miran malamente



por ser indígenas y se meten con ellas, insultándolas en toda su crudeza.

Ketzaly e Itzamaray han aprendido de Aj Koo a no agachar la cabeza. Se sienten muy orgullosas de sus orígenes y van bien rectas. Nunca han entendido el porqué de su marginación si son ellos los primeros habitantes de estas tierras.

Con los pocos quetzales que consiguen, compran velas de diferentes colores. No son por adornar su austero chamizo, sino para llevarlas al cementerio.

Tienen que caminar mucho más, pero no les importa padecer las inclemencias de la tormenta, necesitan ir a ofrecer comida, luz y flores a su amado Aj Koo. Se sentirían miserables si no lo hicieran, es una tradición que ha perdurado a lo largo de su historia.

Lloran ante la sencilla tumba. Los únicos objetos que hay son mezclas de su cultura y de la religión cristiana.

Por ellas se quedarían ahí para siempre. Sin embargo, deben regresar a su hogar, la abuela ha pasado mucho tiempo sola y no quieren descuidarla más.

Itzamaray agarra con fuerza la mano curtida y estropeada de su madre. Las dos se miran y se consuelan. Deben ser muy fuertes, no tienen más remedio que cuidarse la una a la otra.



Cerca de su refugio, unos escalofríos intensos las sacuden. No es por las inclemencias del tiempo, la humedad o el frío, sino por un mal presagio.

Corren desesperadas. Al abrir la puerta, el olor dulzón de la muerte las golpea. Gritan amargamente, Loolhá no ha podido superar la tristeza.

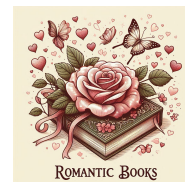
Han pasado tres días. Itzamaray se despierta con mucho frío. Es extraño que su mamá no esté levantada, ella siempre procura tener el fuego encendido. Se acerca a su cuerpo porque las dos duermen en el mismo cobijo. Se levanta espantada. Ketzaly tiembla de calentura, está ardiendo, se remueve murmurando en kaqchikel.

La niña, al punto del desmayo y lo más aprisa posible, prende la leña, coge la olla de barro y echa agua y unas hierbas que usan para la febrícula. Cuando hierven, las deja reposar y enfriar.

Con mucho mimo, levanta la cabeza de su madre y la obliga a beber el brebaje.

No sabe qué hacer la criatura, sus ojos están acuosos, pero no debe desfallecer. Piensa un momento mientras se asea y se viste. No le queda más remedio que acercarse a la aldea y pedir auxilio. Si su madre también se muere, su tierno corazón no lo resistirá y querrá viajar al otro mundo para estar todos juntos y no separarse jamás.

ITZAMARAY



Corre como un gamo. Está acostumbrada, no pesa casi nada y sus largas zancadas la ayudan a llegar más rápido.

Itzamaray se para en seco. Se asusta ante una enorme bestia que corre hacia ella. De lejos le parecía un animal salvaje, luego suspira más tranquila. No es otro que "El Pechotes". El perro da vueltas a su alrededor, gruñendo y enseñando sus afilados colmillos. Es pura bravuconería. Quiere asustarla. Es imposible que lo haga. Nada ni nadie podría darle más miedo que el de perder a su madre. Itzamaray le acaricia la enorme cabeza. "El Pechotes" se amansa y la olfatea con su hocico alargado. Sus orejas son puntiagudas, los dientes grandes y blancos, los ojos redondos como canicas cristalinas, sus patas robustas sostienen su enorme cuerpo de pelaje tupido y ámbar. Se yergue mostrando su poderoso tórax, de ahí el nombre que ha recibido. Se imagina que es el amo de Suacité. Repentinamente, el animal aúlla y sale disparado, ladrando con desesperación.

Itzamaray intenta alcanzarlo. Es imposible, el perro ha desaparecido. La pequeña jadea, no puede ya con su alma. Sus delgadas piernas casi ni la sostienen, está a punto de caerse al tropezar contra una piedra. No sabe ni cómo, pero consigue enderezarse. Coge aire a bocanadas y da un paso tras otro, despacio, hasta que al doblar una curva cuesta arriba, una sonrisa se pinta en su tímido rostro. Al instante, ve un grupo de aldeanos siguiendo a "El Pechotes" con alboroto. Desde ese momento, el perro jamás se

ITZAMARAY



separará de ella, protegiéndola, porque anidaba el espíritu de su padre.

Para mis queridos lectores, con todo mi cariño,
Mary Kate D.